LEOPOLDO CASTILLA

El amanecido





Ediciones
El Mono Armado

LEOPOLDO CASTILLA

El amanecido

Ediciones
El Mono Armado

Colección serie: Homenaje a María Postel

Diseño interior: Rubén E. Iglesias

Dibujo de tapa: María Julia Magistratti

Ediciones El Mono Armado

E-mail: **elmonoarmado@hotmail.com**

E-mail: **teucocastilla@yahoo.com.ar**

Queda hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723

Impreso en Argentina

Castilla, Leopoldo
El amanecido - 1ª ed. - Buenos Aires: El mono armado, 2005
68 p.; 21 x 14,5 cm.

I.S.B.N.: 987-22119-3-0

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

A Enrique, Rodrigo, Hernán y David

A Enrique, Rodrigo, Alfredo y David

Corrección de estilo: [illegible]

[illegible]

Dibujo de tapa: [illegible]

Ediciones [illegible]

E-mail: [illegible]

[illegible]

[illegible]

Queda hecho el depósito que marca la Ley Nº 11.723

Impreso en [illegible]

[illegible]
[illegible] - 1ª ed. - [illegible], 2005
[illegible] p.; 21 x 14,5 cm.

I.S.B.N. [illegible]

1. [illegible] I. Título
[illegible]

LA MESA DE MIS DIOSES

a Pedro González

Bebo con mis dioses,
con Xangó, dios del trueno, protector
del ebrio y del amante,
a quien he visto desimantar a las bahianas
marearlas
como si dentro les copulara una bandera,
que descendió en mí en Santiago de Cuba
por obra y gracia de Orula y de un babalao
cenizo
de cruzar la suerte de los hombres.
Bebo con Vishnú a quien no pude despertar
de su lento absoluto, cuando ascendiendo
una escalera enorme
lo vi yacer, sin mundo,
como una luna esperando el regreso del cielo.
Fue en Bali esa visión. La tierra
desaparecía
devorada por sus delicadezas.
Ofrendo y bebo con la Pachamama, porque le pertenezco
arbolito que yo soy y nunca alcanzo
río que me llamo y nunca vuelvo,
y con el Señor del Milagro,
que brillaba como un fruto
en el terror

en el luto
y el espejismo del alma de mis abuelos.

En la mesa, desnumerando, como suelen,
está el duende, con su mano de lana
y su mano de hierro
cicatrizando sus ojos debajo de la higuera.
Y el diablo, pobre hombre, aparecido en otra dimensión,
tahur,
que sólo como música puede entrar a este mundo.
De pie, a mis espaldas, está mi muerto. Lo desconozco.
Me dijeron: "es alto y tiene el pelo blanco. Lo cuida."
Un extraño condenado a mi suerte,
un plenilunio de mi cuerpo. Y es que otras formas duran
para sostener tu forma
y están vacíos todos los nacimientos.

Y estoy yo, ateo, sin iglesias,
milagroso.
Y en otro rincón, también yo, con siete años,
mirándome mirar
los sentires de mi madre
y a mi padre ardiendo,
maravillado,
herido
entre cantores difuntos.

Unos recién naciendo,
otros, en la muerte,
maldormidos,

nos amanecemos
aunque nunca llegue el día.

Estamos todos ocupando todo.

No falta nadie.
Y, sin embargo, la mesa está vacía.

NACIMIENTO DE LA SIMETRIA

a Osvaldo Torasso

De esas dos mitades sólo una es real.
Hechizada por su aparición
y antes que la luz la disuelva
engendró la otra para verse.

Medio árbol es el que extiende sus ramas para tocarse,
medio hombre el que custodia su propia calavera
y sólo con un ala y un espejo
vuela la mariposa.

Una desesperada volandería de mitades llena de mañanas el
mundo.

Siempre que la muerte, que es tuerta,
con su ojo demasiado solitario
no se atreve a mirar,
lo irreal semillará la tierra.

SUPLANTACIONES

a Luis Leguizamón

El firmamento para esa mujer es el oro,
el oro para ese niño
un fueguito en el baldío,
el baldío para una anciana
su juventud en esa fotografía.

Las cosas están soldadas por la desesperación.
Entre ellas, el hombre que las junta,
mientras nada, sonámbulo, en el cardumen de sus antepasados,
y va, tenue de pensamiento,
a ese otro pensamiento
                                        que es la muerte.

Entonces, le unen las manos
para que se toque y se recuerde.
Pero él ya no está,
ni puede reunir sus islas.
La anciana, la mujer, el niño
lo miran irse de la fotografía
hacia el firmamento baldío.

                              Alguien dice: "son cosas del destino".

Y lejos, el destino gira,

fuera de sí,
        sin porvenir,
como un loco atado
al árbol del fondo de la casa.

DAR LA PALABRA

La palabra luna, árbol, río, caballo
tan reales
que verán mi muerte.
Y mi muerte tan irreal
que nunca nos veremos.

¿He visto sólo las palabras del mundo?
Pétalos que caen en la oscuridad
fallecidos
de luz mía
y no hombres, animales, objetos ni planeta,
sólo un lento deshielo de mis ojos.

La imagen
    manchándome de sangre
y el pensamiento
        de humo
            humano.

Todo el silencio, en voz alta,
del hueco
        donde estaba dios.

LA MULA

a Dardo Nofal

Al último,
de lo más opaco, nace la mula.

Ella, que es un hueco, se ve real,
clavada en el revés de su materia oscura,
entrampada en un baldío de la biología,
rodeada de lugares asustados
por la huera
que vive, simultánea,
brutal,
sin pasado, sin futuro.

Alma de palo, la mula.
No la llevará la muerte.
Va a desaparecer en sí misma, como un desierto.

Ya han comenzado a desoldarse las especies,
a nacer los imposibles, los yermos, los finales,
a llenar los intersticios
entre lo mortal
y el pavor de ser los únicos testigos.

Basta una leve hecatombe,
un sollozo
          en lo neutro,
y, vacía, la mula será madre.

EL SUPERSTICIOSO

a José María Leguizamón

La tijera, es un rayo, acecha en su encrucijada,
la sal
        graniza los sueños
y la escalera baja de la nada.

Son muchos hombres el supersticioso.
Y un imán radiante.
Sólo él conoce
la hendidura torva que da a otro mundo
en el ojo de la aguja.
Sólo él combate los instantes
se divide, móvil, y sigue siendo uno.
Su cerebro es de mercurio,
suplanta, desvía, yergue o decapita,
defiende a toda la manada,
rompe el laberinto,
roba el presente,
y, florecido de sensaciones,
vuela insurrecto por su cristalería,
atolondrado, invencible, fragilísimo.

LA PIEDRA

a Jorge Leónidas Escudero

Disparada hacia todos los sentidos
el vértigo la une, la deshuesa,
y la abandona
con esa quietud volada del que no recuerda.

Dicen los campesinos que el primero de agosto
las piedras paren.
Nacen viejas,
maman de lo neutro
el peso sin fondo del planeta.

De estertor en estertor, la piedra
es el hambre de otra piedra.

Un día, dentro de ella
seremos el eco,
el aullido.

Que alguien nos escuche
cuando pida auxilio
y finitud
la piedra.

CANCION DEL NIÑO Y EL TREN

a Margarita Sundblat

El maquinista le dice adiós al niño
que lo saluda desde el campo.

Años pasan con el tren pasando
años y no envejece el maquinista
con la mano en alto.

El tiempo ya no recuerda dónde iba,
salta del tren
con un sombrero negro y una valija vacía.

La locomotora echa chispas, ríe.

El niño ha triunfado
y ya no se irá nunca de ese día.

El azar, al tocarlo, sucumbe,
estalla, invisible,
y llena de libélulas el campo.

COLORES

a Mónica Pacheco

El color, solo, no existe.
Se enciende en otra dimensión,
desde muy lejos hace señas.

La tierra nace invisible,
crea peces, hombres, árboles incoloros,
bestias de cristal,
pájaros transparentes
y gira insomne en lo oscuro
                como un aguamarina.

Alma en pena, la imagen.
Da la luz
        y el rojo estalla,
siempre se está yendo el amarillo,
el verde va a hacer pie
                        y ya se muere
y el azul
        el azul no acaba nunca de llegar.

Por un instante nos tocan,
por un instante somos infinitos.

Después, nevando, nos desaparecen.

Todos los colores
son sacrificios.

OFRENDAS

Le ponen flores
para que el muerto vea
y le dejan, también, flores mentales
que calientan la piedra.

En un viento sin viento
gira el difunto,
atraviesa la noche y sus batallas,
sostenido por los pétalos,
intenso y mudo
como un sol hundido,
vuela.

Mientras las flores se destruyen
él se nacimienta.

A los cuatro días, desde muy alto,
caen
la calavera profunda
los huesos nítidos
y ceniza
        alegría de ceniza
                sobre la tierra.

KIRIAKI SILVES

a Stravros Chermula

Kiriaki Silves, natural de Grecia,
por desnacerse
cruzó el océano y vino a dar en estas tierras.
Hizo hijos griegos, niños que hablaban
una lengua de música de piedras,
hasta que el sonido, el temblor de estos campos
le amansaron el nombre y fue,
hasta sus noventa años, Dominga de Chermula.

Un día de estos sus crías serán viejas,
sin saber que ella, senil, está como en su infancia, viendo
ahora
al pelotón fusilando a su hermano,
y a su padre, crucificado por los turcos, caer
sin dios por el precipicio.
A Dominga la atraviesa el mar
y es de nuevo Kiriaki, niña y anciana,
en plena guerra, incandescente,
naciendo donde nada se ha salvado.

Desde allí sus hijos no se ven.
El mar, huérfano, gime sin dirección.

El olvido es carnívoro.

FUGA DEL PAISAJE

a Leonor Fleming

Se le está yendo la mirada. O lo está llevando.
Al fondo, de montaña en montaña.
Es apenas una tarde. En la comarca ha brotado un ceibo,
señal que ese hombre todavía está presente.
Aunque el presente va a sacrificarlo. Necesita
cada vez más mundo para aparecer.

Despacito le aleja un árbol
hasta que dibuja el aullido del árbol,
se lleva el pájaro
al que suicida el grito
del pájaro
    y él, que ya es distancia,
    desaparece en lo que está mirando.

Va a caer la noche.
Un solo grillo
devora el firmamento
y un poderoso estruendo de semillas
devora el campo.

LUZ OCULTA

Dentro del ciprés hay una lámpara,
un alvéolo de luz
                    que la oscurece.

Y así, como hay claridad
pero nunca se ve el sol en los sueños,
en otra latitud
el mundo hace un ciego
                              para que nieve.

CALOR

El cuerpo se antigua:
se le enfermó la muerte.
Transpira desconocido
como un deseo dentro de un santo.
El aire mira como un mudo.
No saben dónde irse las ventanas.

El espesor del presente
se ha emocionado con tus huesos.
Tus nervios brillan afuera.
Luz, pura luz, te va a hacer el solazo.

Al final salta la sed como un escorpión
y bebe
        pero el agua ya no es de este mundo.

LORO

a Edgardo Diez Gómez

Esa flor sacrílega, habla.
No imita, habla
y desea el vino, las mujeres y el pan de los hombres.
Ese es su secreto.

Avanza por el aro
y cierra el círculo.
Entonces chilla igual que ellos
cuando eran pájaros
o canta, como las campanas,
con el pavor de tener dos almas.

Mientras ellos repiten lo que él dice, ríe
y se pica el pecho
y se lo parte,
ríe a carcajadas
y se pica a fondo el corazón
para que el secreto salga.

TEMA: LA VACA

a León Mansilla

La vaca rectangular, trazada de tal modo
de estar en paz con la gravedad,
cómodamente amoblada por dentro,
el salón del estómago y, apartados,
los depósitos urinarios,
la que calma, venerable, la ansiedad de la hierba,
la huida de los campos

la vaca con toda su profundidad
anodina
encima de la tierra, con sus ojos beduinos
y mortales
la que amamanta al ternero y a otras letales bestias,
demasiado sola si no fuera
por las maternales moscas,
vive en la mano de dios y, en un día sin salud,
desventurada, muere.

Extrañamente se ha vuelto pasto
de hombres o de pájaros carniceros.
Hasta que el viento o las hambrientas superficies
la dejan en los huesos. Entonces, se ve su calavera,
triangular, astada,
una bestia insurrecta

que ahueca la llanura,
quebranta el viento,
su aterrada arquitectura, el pozo de los ojos
devorando el futuro,
uno por uno
todos los nacimientos.

TRANSMUTACION

Un día tu pelo está ido,
despegado,
y habla, lengua de palo la calavera.

Tu semblante se va para salvarse.
Ya no tienes animal en dónde verte,
soporta los últimos, precarios,
insectos de tus ojos,
el hueserío de tu risa.

Devuelve el pez de tu deseo,
tu conocimiento
                                al agua,
al pájaro
            tu instante,
y, antes de irte,
devuelve tu pequeño infinito
-y agradece-
            a la víbora.

PUEBLOS DEL SUEÑO

Hay caseríos en los sueños
donde se encuentran los amigos.
Unos viven lejos, otros han muerto.

Pero hay otra gente desde hace mucho allí:
el carnicero con su res que se va en sangre,
un hombre que compra
una herramienta en la ferretería
y el que levanta una tapia de ladrillos,
ajenos a la reunión de esos desconocidos.

Uno sabe que a ellos no los está soñando.
Sí, a sus amigos. Vinieron más viejos
los lejanos y más joven el muerto.

Los de la aldea ignoran
por qué fue tan larga esa tarde en la comarca,
tan lentas sus tareas.

Sería la oración
cuando alguien dijo: "se fueron".

Lejos, casi invisible, uno
de los extranjeros

abre los ojos.

Recién entonces
se hace noche en el pueblo.

CEMENTERIO EN LA PAMPA

En la pampa, donde la tierra apenas se sostiene,
alzaron su arrecife oscuro,
ultramarino,
estos mausoleos de otras patrias, de otras muertes.
Incrustaron
en la luz más clara
el ángel europeo
y el santo con su lluvia vieja.

La muerte ya se fue. Dejó este nido abandonado.
Dejó sus muertos recién nacidos;
las columnas del tiempo
que se acobardan
ante las columnas de los campos finales
y la parálisis perversa de las alegorías.

Dobles de olvido yacen los extranjeros
con sus nombres tatuados de infancia,
trinos vacíos
que la pampa disuelve de cielo en cielo.

Espantada
con la muerte encima que picotea, come y mengua
todo lo que soñaba ser,

la tierra vuelve a la luz.

Los hombres, heridos por sus muertos, le dicen adiós.

Mientras la luna sube con su país intacto.

CANCION DEL LIMON

a Armando Portal

Esta noche cayó un limón sobre la tierra,
un círculo de cristal
besado por el rayo.

Años viajó por el agua y la luz
sosteniendo, como un sol,
las horas
y el espacio,
amamantó las avispas,
atormentó, desnudo, la astronomía del árbol
y cuando, por mirarse en él,
ya iba a hablar el limonero,
se estrelló en el planeta
como los elegidos:
naciendo en otra muerte,
quebrado, inocente,
deslumbrante y amargo.

EL QUE SE SUEÑA

¿Quién sobrevive a dos presentes?
El del sueño, al verme
supo que él nunca más sería.
Frágil
y oscurecido por su aparición
como una luna menguante,
se juntó como pudo
y retornó a la insolación.

Allí, traslúcido, fractal,
sigue con su vida
de tenue forastero,
mientras, en esta linde, mi imagen
se desprende, una y otra vez,
la misma,
        y cae,
                caen,
                        hojas de abismo.

¿Quién, vendado con mi semejanza,
se despierta,
                desmedido,
para tan poca tierra,
en la mañana que banda a banda

atraviesa
mis ojos vacíos?

La luz rehace y atardece.
El material de la luz es el olvido.

NIÑO EN UNA MANIFESTACION

a Federico Castro Olivera

Ese niño dormido entre los gritos
y las bombas
tenue, todavía, del sonido que él era
ya está dentro del derrumbe del mundo

dentro del estrépito y de una desencadenada
bandada
        de banderas,
entre los hombres que entran al futuro
desnudos de una luz violenta.

El niño recién viene de la luna
no tiene velocidad para entrar en la historia.
Cuando ellos estallan
                        –jardines del patíbulo–
él pasa soñando
                como un perdón que no llega nunca.

LA GUILLOTINA

a Julio San Millán

En el Museo de la Ciudad de Liege,
seca, inminente,
la guillotina espera
-igual que una bestia al llamado de su cría-
el gemido del vacío.

Los poderosos extirparon
piezas inútiles de la máquina de matar:
de la víctima
                    el nombre propio;
el relámpago del héroe;
del inmolado
          la cabeza en flor
                              dentro del fuego.

Y preservaron la guillotina
que mata de memoria. Un espejo antiguo
donde áureo, sacro o entorchado
un juez invisible
arrodilla a un hombre
y lo ejecuta
con un golpe del cielo.

LOS MANSOS

a Irma Egea

Hay quien huye hacia dios,
no soporta ser visible;
otro que huye devorándose
mermando su camino;
los que huyen hacia la ebriedad
y quieren parecerse a todo

y están los que no huyen
porque el mundo es tan grande como ellos,
los mansos
        que se abren en la atmósfera,
y al tiempo, intactos, cierran los piadosos párpados,
los que nunca supieron cómo se dice adiós.

JAIME LUPION

Ahí vamos los dos corriendo,
espantados, por el Monte Loco,
él adelante, clarísimo, sin saber, por el atajo
hacia la oscuridad
y yo, con el alma en un hilo,
por el camino abierto
y ya no lo veo, hace más de cincuenta años
que no lo veo
y el monte crece y crece, lejos,
encima de nosotros
y cae el cielo, los padres caen,
qué va a ser de los dos,
de mí huyendo para alcanzarlo,
porque se lleva mi infancia al otro mundo,
mi amigo, mi hermano se lleva
y oigo las ramas que se le rompen dentro
y las hojas ocultándolo
y ya no sé salir, se me ha ido la memoria,
y huelo a polvareda, a sudor, a susto,
corro por el Monte Loco,
solito, corro.

FUNERAL DEL POETA FRANCISCO MADARIAGA

Madariaga va a cruzar la muerte.
Ya atraviesa el salón vacío la canoa de su ataúd
rodeada por los latidos del rojo, el azul, el verde
clavados en la corona fúnebre.

El río no se ve. La espuma es una mantilla
una nieve de vida antigua y niña
a estribor.

Madariaga se envainó en silencio
como un cuchillo.
Hay que entrar callado: la muerte es otro monte.

El, que hizo del trópico una capilla ardiente,
lleva nombres que brillen como fogones en lo más oscuro:
palmar y garza y cuatrero y oro.
Y por si acampa donde no se aparece,
dos caballos
                y un penar
                        y aguardiente.

Ya el ataúd varado, aletea, vacío en la otra orilla.

"Ahora de esa tierra,

yo soy luna"
dirá mirándonos
con soledad salvaje
Don Francisco Madariaga.

JOAQUIN GIANNUZZI

¿Estás suspenso
mirando la ventana que ha girado boca arriba,
oyes por ella el hueco del mundo?
¿Y qué hace perplejo, difundido,
lleno de certezas
tu ojo como un juguete de dios?

La nada ha sucedido. Lo sabes
ahora que las cosas sólo aparecen de tu luz
y la mañana gira ajena y lejos,
como encerrada en una naranja.
Los que te quieren suenan con tu voz
igual que entre las ruinas, los pájaros
suenan a columnas.

Esta hora desarmará, larguísima, a tu mujer
hasta que toda su carne se vuelva de palabras,
a tu amigo Hugo Caamaño
que se ha quedado fijo
frente al horizonte;
a tus hijas, desarboladas, con sus pulseras mudas,
mientras el día se balancea con tu sensación
y no tiene tiempo
sino ventolera

que se enciende, apaga, enciende
cuando pasa un alma.

Como la poesía tendrás, por fin,
la forma peregrina,
en Campo Quijano
que tanto te llovía y desterraba.

Que se cubra contigo esa comarca.
Y te nazca.
Salva lo real. Siembra tu cabeza
y late a muerte, a vida, late,
hasta que la dalia,
la que cantaste, invicta,
se alce en silencio
          y desollada
                    te merezca.

PADRES

a Celia Corina
y Nidia Mabel Brizuela Snopek

que se enciende, apaga, enciende
cuando pasa un alma.

Cómo la [illegible] [illegible], por fin,
de formas peregrinas
en Campo Quijano
que [illegible] de lluvia y [illegible].

Que se cubra contigo esa [illegible]
Y se junta.
Salva lo real. Siembra su cabeza
y late a muerte, a vida, late,
hasta que la caída
la que cantaste, invicta,
se aleje en silencio
y desnuda
te recuerda.

OSCURIDAD

Toco el espejo a oscuras. Una planicie indefensa
donde pierdo mi frontera
y mis huesos pierdo
como si el espacio me hubiera envenenado.

Si cruzo esta noche, si amanece,
pínteme la vida
porque nunca es el mismo
                                        el resucitado,
de madre, en el mirar eternamente,
y, de tanto morir,
padre.

Soy yo la oscuridad.
Yo, las inclemencias del que no se ve

y,
porque he visto,
                    soy el que mendiga.

EL OCULTO

Dentro de sus hijos, indefenso,
dura el padre,
intruso en su propio nacimiento.

A veces lo nombran o lo ven en sueños.
Al que van a recordar.
El otro, el que desde el fondo
no puede asomarse al mundo,
el que medra de sus vidas
y, apenas hace pie, se les vuela en el gesto, ese
viene de lejos
como la mano de un ciego

y aletea
        pide que le pidan
                        para verlos.

No está en el alma.
(Son deshoras
                el alma.)

El hombre que hace un hijo
                hace dos huérfanos.

VISITA A LOS MUERTOS

"Vamos al cementerio, hijo". Y compra
una flores blancas, asinitas,
(a ellos los distrae la delicadeza.)

Los conoce a todos. Los saluda
como si él también se hubiera muerto.
No sabe que están lejos de ahí, ajándose
como una orquídea en su propia calavera;
no ve cómo se pliega el cementerio
cada pared por cuatro,
no ve el aire encerrado haciendo señas,
ni el número de los nichos
con su uno invisible
al que nunca llegan las escaleras.

"Cuando yo muera, planten una araucaria",
eso pide, para escuchar el viento.

Ya no me asusto.
Aquí la sombra es blanca. Todo parece
una luna para ciegos.

Hablo con mi abuelo que hace mucho está allí.

Cuento los ángeles.

Voy secando las flores en mi cabeza.

UNA PALABRA

La palabra está en el aire
él alza la mano para alcanzarla,
la ondula,
la llama por su nombre y no es ella,
ya se le vuela y, de pronto,
el alma de la ventana o el espejo que piensa
atolondran la luz
y la palabra cambia de idea
y ahora, sí, la trae mudita entre los dedos
como una mariposa.
Se iba a llamar sauzal pero él la despena
y se llama lluvia
y cae sin parar sobre el papel
inundando la casa
y se va, incontenible,
la palabra se va
a perfumar la tierra.

EL PADRE HA VUELTO

Cruzó toda su lejanía
en una vaharada de alma:
la dio vuelta a la muerte, la dejó boca abajo,
deshielando;
se fue de sí
como una media luna
y por ir viniendo, azuló el camino.

Nos estamos mirando, sonriendo, envejecidos,
calladitos
para no molestar a la resurrección,
respirando, él de mi pecho,
yo, de su cielo,
tristes de alegría,
humitos que se han visto
y se juntan bien lejos.

Constelado, en el vacío,
recogió de él todo lo que pudo
para que yo sienta ahora el peso de su mano
viva, todavía.

Hay dentro de mí demasiado silencio
como antes de nacer

Hasta que él, anochecido, ocupa su lugar.
Y bebemos de la misma copa

los dos mirando el fuego
desde el fuego.

EL RINCON

Se acuesta en el hueco del trinchante oscuro.
Visto desde ahí
el mueble parece un ataúd. El niño juega
a que ya se ha muerto.
Va a la cocina, a un rinconcito
y mira a las mujeres pelando choclos
mientras cuentan historias de mayores.
Esas bandadas de sentidos no lo alcanzan
pues él todavía no llegó al presente.

Mira a su madre. Si ella está allí debe ser de este mundo.

El, que viene de tan lejos, no tiene dónde ir.
Juega a que está vivo
mientras arde, indefenso, el rincón
y más allá toda la tierra,
de vida
arde,
inocente,
alrededor de ese leve meteorito.

LA MADRE Y LA MUSICA

Escuchaba música en la azotea.
Me enseñaba el cielo. Sonreía.
Siempre sonríe la madre mirando las estrellas.

Una tarde dejó su anillo en la tumba de Chopin.
Debe estar brillando, todavía.

Un círculo de oro tan infinito
que enciende el firmamento dentro de la tierra
y la música
y la brasa del corazón de la madre,
mientras, desquiciada, enorme
se mueve la noche
en su mausoleo
libre y oscuro.

LA MADRE Y EL MUNDO

Desde la muerte me enseñó mi madre
el mundo como es:
el árbol inocente, indefenso el cielo
y el valle dócil, lejos de todo,
lento, invulnerable.

Campos suspendidos en su nacimiento,
caseríos ingrávidos,
caminos tan delicados
que harían invisible al caminante
y el espacio recién haciéndose
en la luz intacta.

Sentí que mi madre me decía:
"Todo es infancia: la tierra, la atmósfera,
mi final es infancia".

El mundo no tenía fuerzas para comenzar.

Mendigué un muro. Y vi pasar al tiempo
disfrazado, vacío,
asesinando,
y vi en la devastación
las ruinas de la metafísica

y vi una piedra
                        y ya no pude creerle.

Cuando el valle volvió en sí
yo no tenía ojos
                        donde aparecer.

LA MADRE Y EL MUNDO

Desde la muerte me enseñó mi madre
el mundo como es:
el árbol inocente, indefenso el cielo
y el valle dócil, lejos de todo,
lejos, invulnerable.

Campos suspendidos en su nacimiento,
caseríos ingrávidos,
caminos tan delicados
que harían invisible al caminante
y el espacio recién haciéndose
en la luz intacta.

Sentí que mi madre me decía:
"todo es infancia: la tierra, la atmósfera,
mi final es infancia".

El mundo no tenía fuerzas para comenzar.

Mendigué un muro. Y vi pasar el tiempo
disfrazado, vacío,
sonámbulo,
y vi en la devastación
las ruinas de la metafísica.

EL AMANECIDO

a Maximiliano Witte

¿Qué estaré siendo yo de este lugar
que ha parido la presa de su cacería?
Entenado de mis muertos
llevo una flor a su caridad
para que vuelva en mí esta comarca,
pero es tarde,
el cielo envejeció
y el espacio ha crecido demasiado.

He gozado todos los sonidos,
me he dejado llorar
por ojos difuntos,
he besado a mi época en la lengua
y a esta altura
soy el cielo de mis fornicaciones
y la intemperie donde flameo, inhumano.

Entro a la tormenta de la casa vacía
y lluevo largamente,
con la copa en las raíces,
asfixiado por el aire,
y, enguantado por mi oscuridad,
pudro mi leña,
eyaculo el escenario,
pierdo los papeles, tacho la luz,
lastimo la función.

Los otros no saben que están dentro
de un día que no amaneció,
el que me he robado
mientras del suero de mi cerebro
se amamantaba la noche
cuando yo tiraba mis huesos al aire
y ni la muerte los reconocía.

Tengo dentro
un salto de pájaro espantado,
un niño helado en su futuro,
un camino que no deja de ir
y un árbol inmóvil
soltando frutos oscuros.

No hay contemplación: mi limosna es mi cuerpo.
Ya no me sirve el universo
ni le sirvo yo.

Hacia una luz inválida se va el día.
Y no me lleva.
Donde yo duermo, trinan como perras,
mendigas, las palomas.

INDICE

Los ojos no saben que estuve dentro
de un día que no amaneció,
el que me ha robado
mientras del sueño de mi cerebro
se amamantaba la noche
cuando yo tenía mis huesos al aire
y ni la muerte los reconocía.

Tengo dentro
un salto de pájaro capturado,
un vuelo helado en su futuro,
un camino que no deja de ir
y un árbol inmóvil
soltando frutos oscuros.

No hay contemplación: mi limosna es mi cuerpo.
Ya no me sirve el universo
ni le sirvo yo.

Hacia una luz invisible se va el día.
Y no me lleva.
Donde yo duermo, ruedan como perros,
mendigas, las palabras.